

STEPHANE BEEL

PUBLICADO EN

10x10. Ed. Phaidon. Londres, 2005

Siempre me ha interesado especialmente la arquitectura clara y precisa de Stephane Beel. Su Villa M, en toda su sencillez, siempre ha sido una especie de obsesión para mí. He conocido a Beel en dos ocasiones. La primera, en Bélgica, tras visitar una de sus casas con un grupo de arquitectos belgas. Hizo una aparición fugaz. Años más tarde, en 2000, mi Pabellón Español negro y rojo había sido premiado en Venecia, y me lo encontré en la puerta. Fue parco en palabras, pero cálido. Le agradecí sus elogios, los de un hombre más joven que yo, al que admiro, y mucho.

Su arquitectura sigue siendo no abundante en cantidad pero siempre de enorme calidad. Si tuviera que encontrar un adjetivo para describirla, diría que es una arquitectura silenciosa. Como el silencio que inspira la obra de Mies. De tanta claridad, de tanta lógica. A Beel le gusta hablar de "reticencia" ("cada vez más, la reticencia guía mi arquitectura"). Y enseguida aclara que no tiene nada que ver con el minimalismo actualmente de moda.

Su última casa construida, DF en K, es magnífica. El dibujo con el que Beel resume la operación es muy expresivo (sus dibujos pedagógicos comunican muy bien sus ideas). Es como una mesa con muchas patas que descansa sobre un zócalo entre álamos. La planta básica de Villa M está presente, pero se elabora aquí con mayor libertad. El aire fluye a través de la casa, y los patios están excavados para llenarla de luz. Luego, con unos delicados muros, se matiza la vista, todo con enorme delicadeza. El jardín, casi nada: los viejos álamos, los árboles nuevos, las lámparas y el agua plana con el muro blanco. Un dechado de sabiduría.

Y cuando se trata de integrar una "máquina de curar" en el tejido de la ciudad actual, Beel actúa con una eficaz naturalidad. El Centro Klimop es una estructura (de caja) que se adapta sutilmente al solar con ligeras notas de gracia. Una estructura sencilla, abierta con vidrio; cerrada con zinc. Como corresponde. Por dentro está lleno de luz. Por fuera, al ser redondo, parece que siempre ha estado ahí. Una pieza de gran interés.

Y esta voluntad de desaparecer ("por así decirlo", "casi", escribe Beel) queda patente en el Museo Roger Raveel de Machelen. Beel realiza una joya, casi un collar, de extraordinaria belleza. Coloca una construcción rota que va a adaptarse a los movimientos de la ciudad. Vista tanto en planta como en sección, desaparece abriéndose y cerrándose a la calle, al jardín, al cielo, según convenga. Como un "camino en un jardín cubierto". Parece como si el arquitecto hubiera escuchado atentamente lo que Raveel señalaba en su obra: "poner las cosas en perspectiva". Las salas del museo "en perspectiva" y llenas de luz son impresionantes. Es un maravilloso regalo para Machelen.

La sabiduría de Beel se hace aún más evidente en la ampliación del Centro Internacional de Arte Singel de Amberes. La complejísima operación se resuelve brillantemente tras un correcto análisis que él describe muy bien en el proyecto. Es como un médico que

diagnostica a un paciente. La solución, absolutamente brillante. Beel la sintetiza en un dibujo muy directo y expresivo sobre una fotografía del antiguo edificio de Stynen. La Torre Squat es la clave.

Esta arquitectura, realmente imprescindible, es un posible ejemplo para el futuro. Una arquitectura ciertamente reticente. Lógica, casi obvia, magnífica. Una arquitectura del más con menos con la que Beel siempre nos lleva a la Belleza.